

## XIII.

## MISIONES.

La religion de San Francisco fue una planta que se aclimató en nuestro suelo y estendió en breve su benéfica sombra hasta los confines del territorio nacional; planta robusta y magnífica que tenia la raíz en Méjico y las ramas dilatadas hasta los pueblos mas estraños y bárbaros.

Ya con motivo de los viajes apostólicos del padre Olmos indicamos algunos de los servicios que prestó la órden seráfica en pro de la causa de la civilizacion de nuestra frontera septentrional; ya vimos cómo varias poblaciones de las mas importantes de aquellos distritos son los monumentos que acreditan gloriosamente el paso de los primeros misioneros por unas regiones donde no se atrevian á poner la planta las huestes de Cortés; y cuando se reflexiona que estos hechos tenian verificativo aun antes de que espirase el siglo décimosesto, no puede menos el corazon de interesarse y aplaudir el celo que los dictaba, como se encariña con la memoria del bien pasado y que no volverá jamás.

Reunir metódicamente estos hechos, considerarlos en todas sus relaciones, determinar su influencia y resultados, deducir por ellos el espíritu de la época, en una palabra, estudiarlos profundamente, seria emprender una labor para cuyo desempeño no bastarian algunos volúmenes; seria tanto como formar una historia, y lejos está de ser esa nuestra intencion.

Pero sí entra en el plan de este libro seguir á los religiosos en algunas de aquellas santas peregrinaciones que tenian por objeto sacar de la barbarie á pueblos enteros y á veces tribus numerosas, que bien merecian escuchar la palabra de vida: de ellas unas se debian solo á los esfuerzos de los misioneros, y otras al espíritu emprendedor de estos favorecido y sostenido por el gobierno colonial. Consagremos por ahora algunas líneas á las de la última clase.

## XIV.

## NUEVO-MEJICO.

La provincia de este nombre fue descubierta por el capitán Francisco Hernandez Coronado, que en el año de 1540 llegó por Chiametla y Valle de Corazones á los Tiguas y campos de Cíbola; pero no fundó poblacion ninguna, y hubo de volverse á la capital, logrando solamente el reconocimiento de aquellas vastas regiones y sus habitantes, para disponer la traslacion y establecimiento de misioneros, lo que llamaban estos *hacer una entrada*. No obstante estar allanado en cierto modo el camino, pasaron once años para que esta llegara á verificarse, y fue con ocasion del cristiano empeño del venerable lego Fr. Agustin Rodriguez, el cual salió de Méjico llevando en su compañía dos sacerdotes del convento, que fueron Fr. Francisco Lopez y el R. P. Fr. Juan de Santa María. Dióseles para su seguridad algunos soldados por temor de que corrieran la suerte que otros religiosos en provincias habitadas por gente semejante; caminaron por Zacatecas hácia el norte cuatrocientas leguas; dieron con los Tiguas, y contemplando con asombro la muchedumbre de aquellas tribus, de quienes eran recibidos con benevolencia, llamaron á la provincia Nuevo-Méjico.

Pero tampoco se alcanzaron por entonces muchos frutos, porque habiéndose separado el P. Santa María de sus compañeros para venir á dar la noticia á sus hermanos de Méjico, tomó por distinto rumbo del que habian seguido, y á los tres dias de camino cayó en manos de los bárbaros, que le quitaron la vida. Los soldados que le acompañaban y que lograron escapar de aquel trance, fueron los que trajeron al virey la funesta nueva.

A este descalabro siguió otro no menos deplorable. El año de 1582, D. Antonio de Espejo penetró en la provincia con cien caballos, algunos soldados bien equipados, y un misionero, el P.



Fr. Bernardino Beltran; llegan al país de los Tiguas, pero hallando muertos á los PP. Lopez y Rodriguez, tuvieron por conveniente retirarse, quedando abandonada la empresa por mucho tiempo.

Bien podia el gobierno haber intentado reducir por la fuerza á tribus como aquellas de condicion tan intratable, pues ya contaba con los elementos necesarios; pero se conoce que la doctrina de Las Casas, que reprobaba este medio violento para la conversion de los infieles, iba conquistando dia á dia en la opinion mas terreno del que se cree comunmente. Tarde ó temprano llega la razon á abrirse paso por entre las nieblas con que la ofuscan bastardos intereses.

Corriendo el año de 1595, se preparó y puso en camino otra mision compuesta de ocho religiosos, mandados por el comisario general Fr. Pedro de Pila, y presididos por el P. Fr. Rodrigo Durán, á quien sucedió Fr. Alonso Martinez en el mismo cargo. Llevaban en su compañía á varios colonos bajo el mando de D. Juan de Oñate, nombrado capitán general del nuevo establecimiento. Llegaron felizmente, y entre dos rios fundaron una villa dedicada á san Gabriel, la cual prosperó en breve á causa de los aumentos que tuvo su poblacion con los indios que se iban convirtiendo al cristianismo.

Satisfechos los ministros apostólicos con el buen éxito de sus predicaciones, enviaron á Méjico á algunos de sus compañeros para informar de lo ocurrido, y á principios de la centuria siguiente, partió nueva mision á la villa recién fundada, llevando por custodio al venerable P. Fr. Juan de Escalona. Desde entonces fue en progreso la colonia, reforzada constantemente con nuevos obreros, y ya en 1623 se contaban siete monasterios, dechado de celo y observancia, establecidos entre diferentes tribus, como eran las de los Mansos ó Lanos, Tiguas y Teguas, Piros y Tumpiros, Pecuries, Taos, Pecos, Xumanas, Tanos, Queres, Hemes y Apaches. Por entre todas ellas hicieron brillar los frailes la antorcha del Evangelio, dando impulso á las labores agrícolas, secundados por la fertilidad asombrosa del terreno, y todos estos establecimientos formaron lo que entonces se llamó *Custodia de la conversion de San Pablo de la Nueva-Méjico*

Para dar idea de los dones con que favoreció á aquel país la

Providencia, traslademos á este lugar la pintura que de él hacia Vetancurt en el siglo décimo séptimo. Vedla ahí:

“Dista de la ciudad de Méjico hácia el norte, con declinacion al poniente, la que era la Nueva-Méjico, cuatrocientas leguas: está en 37 grados de altura, cuyo temple es al de nuestra España parecido, porque nieva como en Europa, y llueve al tiempo que en España llueve; tiene arroyos y rios que la bañan, en particular el rio grande del Norte, donde se crian varios géneros de pescados regalados, y se cojen nutrias y castores, de que se han hecho sombreros; tiene montes de arboledas y pinos, donde se cogen piñones, que no se han visto mejores, ni mas tiernos; montañas ásperas y fragosas, donde habitan leones, osos, lobos y todo género de caza: conejos, liebres y venados que llaman alazanes casi del tamaño de toros.

“En los campos, que se dilatan por muchas leguas, hay cibollas, que son especie de vacas con el pelo largo, y andan vageando en manadas cuantiosas. Hay aves y pájaros de diversos colores: águilas, gavilanes, ruiseñores, gallinas, pavos, codornices, perdices, palomas, golondrinas, y todo género de patos, y ánseres, cenizontlis, de aquellos que son en Méjico célebres por los varios cantos, que en mejicano cenizontli es número de cuatrocientos; hay minas de plata, de cobre, de azabache, de piedra imán, y una de talco trasparente á modo de yeso, que lo sacan como tablas, y adornan las ventanas con ellas como si fueran de cristal.

“Hay árboles frondosos, encinas, sauces y álamos; á la orilla del rio se va por sombra de álamos por mas de cuatro leguas: las semillas, legumbres, viñas y árboles frutales se dan con abundancia como en España; las carnes son gustosas y de substancia, y se procrean vacas y carneros mejor que en otra parte de las Indias: la salud de los hombres es mas robusta, porque los temperamentos á sus tiempos no son variables. En toda la tierra no se usa de moneda, porque los tratos son á cambio, trocando una cosa por otra en especie, y así siempre corren los géneros por un precio.”

¡Dichosa la nacion que posee actualmente ese dilatado territorio, donde la bendicion de Dios hizo brotar un paraíso! El régimen colonial con su mezquina política de aislamiento y exclusivismo, si bien trató cuerdaamente de poblar aquellas regiones en los primeros años que siguieron á la conquista, descuidó



á la larga de proteger la inmigracion, único medio de civilizar á las tribus bárbaras que las habitaban: despues de la Independencia siguieron sus huellas nuestros gobiernos, sin pensar que colonizando la frontera con familias extranjeras y mejicanas, se hubiera levantado una barrera, donde se estrellaran los tiros ambiciosos del coloso del Norte. Al presente ha dado este un paso hácia nosotros. La mitad de nuestro territorio le pertenece y tiene fija la mirada sobre la otra mitad. Los bárbaros le preceden, y son la terrible espada de llamas que nos impiden la entrada de aquel encantado Eden.

---

 XV.

## LA PAZ.

No tuvieron tan feliz éxito en Californias los afanes de nuestros misioneros, bien que se frustraron por mucho tiempo igualmente las tentativas que hicieron varios espedicionarios navales por sojuzgar aquellas dilatadas provincias.

Cortés, capitán ambicioso y afortunado, no contento con haber puesto á la obediencia de su soberano los reinos de Méjico y Michoacan, intentò asimismo, primero por otros y despues por sí, conquistar las Californias, que se presentaban á su acalorada imaginacion como un país de oro bañado por un mar de perlas.

Pero todas estas espediciones, así como algunas otras que se verificaron despues, solo sirvieron para adquirir el convencimiento de que la empresa ofrecia dificultades no previstas hasta entonces y acaso insuperables por muchos años.

Mas llegó el de 1596, y la fortuna pareció deponer el desen con que habia tratado á la ambicion. Sebastian Vizcaino, hombre de mucho mérito, fué nombrado por el rey para espedicionar nuevamente á efecto de poblar y fortificar los puertos de la California, que ya empezaba á ser objeto de la codicia de otras naciones, segun pudo percibirse por el hecho de haber arribado poco antes á la península Francisco Drake, célebre cor-

sario inglés, y de haber tomado posesion de la parte septentrional, poniéndole el nombre de *Nueva Albion*.

Con tres navíos bien provistos de todo lo necesario partió Vizcaino de Acapulco, llevando en su compañía cinco religiosos franciscanos que se ofrecieron para ese objeto, y fueron los RR. PP. Fr. Francisco de Balda, Fr. Diego Perdomo, Fr. Bernardino de Zamudio, Fr. Nicolás de Zaravia y Fr. Cristóbal Lopez. Llegaron al puerto de Zalagua y de allí á Mazatlan, donde desertaron algunos soldados y se quedó por enfermo el P. Balda.

Arribaron en seguida á un puerto que llamaron San Sebastian, donde hallaron gente que no usaba vestido y de quienes no recibieron ninguna muestra de hostilidad. Finalmente, despues de quince dias de navegacion trabajosa, llegaron á mejor puerto, donde los naturales los acogieron hospitalariamente ofreciéndoles desde luego perlas, pescado, pitahayas, ciruelas y una fruta menuda muy sabrosa, segun el cronista, que no fué conocida de ninguno de los espedicionarios. Desembarcaron, y con asombro suyo llegaron á entender, por señas que les hacian los naturales, que allí mismo habian estado otros españoles, presumiendo que serian los que formaron la armada de Cortés mandada por él mismo. Construyeron desde luego algunas cabañas para su habitacion, y entre ellas una mayor para que sirviese de iglesia; tomaron posesion de la tierra con las ceremonias de estilo en aquella época, y aludiendo al buen recibimiento que les habian hecho los naturales, no menos que á la pacífica condicion de éstos, llamaron á la nueva colonia el *Puerto de la Paz*, nombre que conserva hasta el dia.

Los religiosos con un ardor inestinguible y que parecia crecer con las dificultades, se dedicaron á la conversion de los indios, procurando disponerlos al bautismo con la enseñanza cristiana; mostrábanseles aficionados, esforzándose en aprender la lengua del país, y atrayendo á los niños con caricias y regalos; los indios correspondian á esta benevolencia sometiéndose á los apóstoles con la docilidad y cariño de hijos; y en una palabra, todo parecia afianzar para siempre la conquista de aquel territorio, cuando un incidente vino á echar por tierra esperanzas que se creían muy bien cimentadas.

Pero ese incidente, que nada tiene de ficticio, ha servido de base á una conseja que brevemente referiremos en seguida.



## XVI.

## PERDER UN TESORO POR LOGRAR OTRO.

## I.

Era D. Lope un jóven juicioso, trabajador, de fisonomía agradable, de genio suave y condescendente y de modales atractivos; era, en suma, lo que ahora suele llamarse *un mozo de provecho*.

Aunque en España tenía lo suficiente para vivir con decencia, pues que era hidalgo de casa solariega, contagiado del espíritu aventurero de la época, de los Pizarros y Corteses, vino á Nueva-España como page del virey D. Luis de Velasco, deseoso de mejorar de fortuna, ya sirviendo un empleo lucrativo en palacio, ó ya entrando en la carrera eclesiástica con no dudosa esperanza de obtener un pingüe beneficio.

No le faltaban estudios, habiendo pasado la flor de sus años en la célebre universidad de Salamanca, de donde concluidos sus cursos, salió á viajar por Italia con el único fin de aumentar el caudal de sus ya no vulgares conocimientos.

Estas prendas, unidas á las demas ventajas que su posición le daba, hacian de él una persona que hubiera podido captarse la amistad de lo mas florido de la sociedad mejicana, á no ser por su poca ó ninguna afición al trato humano, especialmente con individuos del sexo hermoso.

Procedia en gran parte este despego de cierta aventurilla amorosa que tuvo en sus primeros años, de la cual no salió tan airoso como deseara, y que habia dejado en su corazón una huella muy profunda de pesar. No obstante, su estado habitual por lo tocante á afectos de esta especie era la mas completa indiferencia. ¿Hablábasele de amores? contestaba con una sonrisa amarga ó con alguna espresion irónica, que revelaban un alma herida de tristes decepciones.

No hay que dudarle. Esa postracion de las potencias afectivas del hombre como resultado de alguna contrariedad en los primeros pasos por la senda del amor, no es el patrimonio esclusivo de la juventud de nuestros dias: hoy se decanta por el empeño mímico de ostentar una esperiencia precozmente adquirida; pero en realidad de verdad ha sido enfermedad endémica en todos los siglos y en todos los países, y eso de *cruel escepticismo, desengaños atroces, ensueños desvanecidos, pesares roedores, mortal desaliento y perdidas ilusiones*, era achaque de que adolecia nuestro D. Lope como el mas desaforado romántico.

## II.

A la sazón vivia en Méjico una señorita, criada en el mimio, ávida de lucir, su hechicera persona en concurrencias escogidas, ardiente apasionada del baile, admiradora de jóvenes aturdidos con humos de calaveras, y para no decir mas, el reverso de D. Lope.

La naturaleza y la sociedad parece que se complacen en tales contrastes, y no pocas veces se divierten intentando destruirlos por medio de la asimilacion.

El jóven juicioso vió una vez en la corte á D<sup>a</sup> Elvira (tal era el nombre de la dama), la vió, es verdad; pero la vió sin el menor movimiento de admiracion ó de entusiasmo: la vió como el matemático que se halla en presencia de un sólido, cuya densidad y volúmen pretende averiguar por medio del cálculo.

No solo la vió y contempló á todo su sabor sin el mas mínimo peligro, sino que pudo resistir el brillo fascinador, las centellas que brotaban de los ojos de la hermosa, y lo que es mas, el prestigio de su gallardo continente y de las dulcísimas sonrisas que travesaban en sus labios infantiles.

Terminó aquella casual entrevista. D<sup>a</sup> Elvira se retiró de palacio sin haber reparado siquiera en la interesante figura del sesudo D. Lope; mas no sucedió otro tanto con este, que al entrar á su aposento conoció que habia visto demasiado, acaso con exceso, á la jóven.

Alarmóse un momento al notar en su alma alguna zozobra: procura restituirse á la antigua calma, toma un libro en la ma-